



## La participación política de las mujeres afromexicanas

*Mijane Jiménez Salinas*

**A**unque han existido políticas públicas para apoyar la participación política de las mujeres, quedan vacíos en la estructura del Estado, impedimentos para que logren alcanzar una verdadera inclusión en los contextos que les son propios. Las políticas públicas, desde mi punto de vista, han sido generadas en un espacio de privilegios, quienes serían sus beneficiarias no son convocadas a participar en el análisis, en el debate, en la toma de decisiones. Si ellas mismas no son escuchadas en sus necesidades reales, se desconoce el contexto de las mujeres que viven dentro de nuestro país.

Es digno de reconocer que la lucha que iniciaron en el Movimiento de 500 años de resistencia indígena y popular, logró frutos, no fue en vano el sacrificio de nuestras hermanas, ya existe un reconocimiento de la autonomía de sus pueblos en la Carta Magna, el cual, obliga al Estado a generar políticas públicas, así como a instaurar espacios de participación para los pueblos indígenas y abonar así en su desarrollo: La Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, y también las Secretarías de Asuntos indígenas Estatales, sólo por mencionar algunos.

En muy pocas ocasiones las mujeres indígenas figuran en la mayoría de los espacios mencionados, o abanderan estas dependencias. Como dato particular:

sabemos que a la Comisión Legislativa de Asuntos Indígenas y Afromexicanos del Honorable Congreso del Estado de Guerrero en la Legislatura LXI, la preside un hombre. Mucho le quedan debiendo a nuestras hermanas e incluso a nosotras, las mujeres negras. De esta manera, el hecho de que esté asentado que son sujetas de derecho, no asegura el ejercicio pleno de estos derechos. Es, sin embargo, un referente importante para exigir al Estado el cumplimiento de las líneas plasmadas en nuestra Constitución.

Existe un avance sustancial, se percibe y quiero nombrarlo en primera persona: son las mujeres indígenas quienes me han hecho el llamado a luchar por lo que me corresponde. También me han transmitido la seguridad de que no estoy sola en esta batalla. Quienes me han llenado de valor y de coraje para alzar la voz ante cualquier situación de discriminación y opresión, han sido precisamente ellas. El camino no es fácil, no lo ha sido, pero no es momento de rendirse, al contrario, es momento de sumar esfuerzos para lograr consolidar los sueños de nuestras ancestras. Pudieran parecer luchas separadas por la diversidad en la que vivimos, sin embargo, el respeto mutuo ha sido la clave para generar un acompañamiento combativo y amoroso. Considero así que el avance de las mujeres indígenas es un logro que me han compartido, escuchar sus experiencias buenas y malas, me ha servido como guía para avanzar en mi proceso.

Quiero resaltar que no puedo hablar por las mujeres indígenas, desde luego, yo hablo desde mi caminar. No parto de la academia, ni de un espacio de participación política, mi opinión la expreso desde la sociedad civil. Me decidí a escribir estas líneas porque es importante para mí saber que alguien leerá lo que muchas veces, por ser políticamente correcta, decidí callar.

He participado — como invitada — en espacios de expresión donde se discuten temas de racismo entre mujeres racializadas. Me es importante destacar que las mujeres indígenas se desarrollan en contextos diferentes, con su propia lengua, costumbres, tradiciones y necesidades específicas. Incluso el marco normativo que las rige es diferente al de nosotras, — las afromexicanas —, existe una línea muy delgada que nos diferencia, reconocida incluso en palabras contenidas en la legislación.

Es de lo que hoy quiero hablar: hacer visible mi participación política como mujer afromexicana.



## ¿QUÉ ES SER AFROMEXICANA?

Y bien, ¿Qué es ser afromexicana más allá de una identidad cultural, como muchas personas lo llaman? También es necesario para mí hablar de cómo me he sentido observada. No soy afromexicana por bailar *zapateado* como algunas veces lo mal nombran; “chilenas” o “sones de artesana”, es lo correcto, un baile ancestral. Tampoco soy afromexicana por mi color de piel, pero también es necesario escribir y externar, cómo a través de los fenotipos se van creando racismos. Quien tenga más oscura la piel es la que tiene derecho a la foto, a la participación y sobre todo a denominarse “*dignamente afromexicana*”. En un principio fue una de las causas por las que me he sentido violentada, las palabras que surgen al presentarme con mi identidad son: “ni pareces afro, a poco ¿eres negra?, pero... tu cuerpo no es como las de allá, tú no eres afro, eres mestiza”.

Muchas veces he defendido mi postura, puesto que la identidad no se limita a un estereotipo, ni a lo que la televisión pretende difundir. En algún momento al salir de mi pueblo, me llegué a sentir excluida en los espacios de opinión porque mi categoría no era “tan afro”, según aquello a lo que estaban acostumbrados a ver — más allá de sentir y escuchar — tal como los medios de comunicación han elegido informar desde la desinformación. En éstos términos, hablando de un espacio en donde lo afro no existe si no es de color negro, después de todo, lo negro es tan sólo un color. Una identidad se construye en el tiempo, espacio, territorio, historia y vida.

Soy afromexicana desde el territorio en el que nací y crecí, soy afromexicana porque soy originaria de Cuajinicuilapa Guerrero, México. Siento la sangre afromexicana de mi abuelo materno Teodoro Salinas Flores, quién en vida me comentaba:

*Hija, mi padre Julio Salinas era un negro de allá de Montecillos, cerquita de Cuaji, nada más que se vino huyendo a Tlapehuala, pues era matón como la mayoría de los negros de ese pueblo, era de sangre mala, robaba mujeres, se hizo de mi madre y así fue que nacimos mis hermanos y yo,*



*sólo que siempre fue un mal hombre y nos abandonó, es por eso que yo salí prietito hija, aquí en esta tierra no quieren a la gente negra.*

De la tierra de la que me hablaba —mi abuelo— era de la tierra caliente del estado de Guerrero, del municipio de Tlapehuala donde vivía. En muchas ocasiones coincidimos en distraernos con la música originaria de la tan hermosa Costa Chica, cantamos juntos algunos corridos, como el de La mula bronca, Pedro chicharrón, cumbias como La media arepa, chilenas como El negro de la costa, entre muchas más, me platicaba que se sentía identificado con esa música, eran también sus orígenes, y no los escondía. Después de narrar breves antecedentes de mi historia de vida, es necesario que externe mi postura política como mujer indiscutiblemente afromexicana, esa realidad que me caracteriza.

Soy afromexicana, porque he recorrido cada una de las comunidades de mi pueblo, la gastronomía de mis orígenes es diferente a las demás; las costumbres y tradiciones son identificadas como parte del África chiquita, como se manifiesta en algunas canciones. Crecí con los libros de historia de México, en donde se generaliza en aras de una historia oficial: todos los mexicanos somos indios, la gran ciudad de Tenochtitlan fue el parteaguas de la nación. Pero, ¿Acaso los mexicas eran negros? ¿Por qué entonces no hablamos todos náhuatl? ¿Y el cabello rizado de dónde surgió? ¿Y la piel de color de ébano a quién se la heredaron mis parientes, amigas y amigos? Las preguntas que en la infancia rondaban en mi cabeza, desde que tengo noción, hasta que un día quise salir de dudas y pregunté en el salón de clases y mi querido maestro se quedó callado, pensativo y contestó:

*Esto que les voy a platicar no está en los libros de texto, es más, al parecer poca gente lo conoce. En la época de la colonia, como ustedes han leído, se comercializaban esclavos para trabajos fuertes que los indígenas no podían soportar, un día, un barco lleno de esclavos se averió y se perdió cerca de nuestras playas, se presume que arribó a las costas de Guerrero y Oaxaca, es de esa manera que nuestros antepasados llegaron a habitar nuestro pueblo, trabajaban en los campos algodoneros de los terratenientes que se apropiaron de estas tierras.*



Guardé en la memoria la historia de mi pueblo, pero más aún, la guardé en el alma. Acudí al Museo de las Culturas Afromestizas “Vicente Guerrero Saldaña”, para indagar la información que el catedrático nos transmitía, un conocimiento que en los libros no encontraba. Pude observar las pinturas, los vestidos, las fotografías y los libros. En realidad me dejé envolver por ese espacio en donde encontraba todas las respuestas a preguntas que mi mente había generado a mi corta edad. Fue impresionante descubrir cómo mis ancestras y ancestros habían llegado — en ese tiempo — a habitar aquellos campos algodoneros, el entorno no había cambiado del todo, con excepción de las tecnologías que se apoderan de la sociedad.

Saber que la danza de *Los diablos* se mantenía a pesar del tiempo y que era una muestra de resistencia al mestizaje, que la gastronomía no tan sólo cubría el requisito principal que era proveer alimentos a nuestros estómagos, sino que también era un acto de resistencia, un esfuerzo por conservar nuestros orígenes.

Empecé a cuestionar cada una de las líneas que se nos enseñaba en la escuela, hablaban de las castas y derivados de ellas, de algunos insurgentes que dieron la vida por nuestra libertad, como Vicente Guerrero, quien en la historia aparece como un insurgente más, pero cabe mencionar que era un afromexicano guerrerense.

## PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES AFROMEXICANAS

En lo que respecta a la participación como tal, desde niña me surgió una inquietud por expresar mi forma de pensar, por desarrollar ideas creativas para la construcción de lo que ahora es un tejido social. En un principio, me sucedió de la mano de mi padre, cuando me enseñó algunos poemas y compartimos nuestro gusto cultural. Fueron llegando los concursos de dibujo, y más adelante, ya en forma, la poesía. Los concursos de aprovechamiento, me postulé en la mayoría de convocatorias abiertas en la primaria; en ningún momento se me censuró el derecho a participar en esos espacios.

En particular hubo un lugar del que siempre quise formar parte, por ser *niña* no pude hacerlo: la *Danza de los Diablos*, una de las danzas ancestrales



que más caracteriza a mi pueblo. Cada vez que se acercaban las fechas de la celebración, escuchaba la música y veía que los niños corrían a los ensayos al salir de la escuela. Me emocionaba y pensaba: “algún día participaré”. Sin que nadie me enseñara, ya me sabía los pasos y coreografías, tenía la habilidad de componer las coplas que complementaban la danza, observaba cómo los niños elaboraban sus máscaras, preparaban sus ropas, repetía una y otra vez: “Zamora, me voy Zamora, Zamora me voy de aquí... ¡Ya se van los diablos caramba! Se van a buscar jugo, diciendo que viva ¡caramba! Silvio Jiménez Lugo”. Mi pregunta era: ¿Qué tenía que ver el ser niña con poder danzar? No era nada malo, a mi corta edad no lo comprendía... y sigó sin comprenderlo.

Desde ahí me sentí rechazada y censurada, a partir de ese momento empecé a cuestionar el género y aquello que se consideraba apto para niñas y niños. Tomé mi libro de civismo y busqué los tan nombrados “derechos”, en donde decían que todas y todos somos iguales ante la ley, que las niñas y los niños teníamos derecho a un espacio libre de esparcimiento, y tantas cosas más, pero cuando veía a mi alrededor sólo me percataba de injusticias. Observaba que muchas de mis compañeras no llevaban dinero para el recreo, que justo dentro de la escuela vendían frutas para obtener qué comer y que en su mayoría llegaban tarde, puesto que salían de trabajar y entraban corriendo a la escuela. Muchas veces quise externar mi inconformidad a través de la poesía, lo platicaba con mi maestro que en ese sexto año se convirtió en un buen amigo, me decía: “Échale ganas para que cuando crezcas tú puedas combatir todo lo que te genera impotencia”.

A mis veintiocho años, la participación política como mujer afroamericana no ha sido como lo esperaba, ser parte de un pueblo invisibilizado ha causado estragos, dado que no existen espacios propios para la participación política de las mujeres afros; las políticas públicas son un sueño para nosotras, si no estamos reconocidas en la historia de nuestro país, mucho menos en la legislación nacional.

Han pensado que por tan sólo agregar una palabra en el capítulo indígena de la Constitución del Estado de Guerrero nos han incluido; faltan las legislaciones secundarias, y lo más importante: falta ejecutar lo que dice la Carta Magna, realizar políticas integrales, campañas de sensibilización acerca



del tema, urge que los guerrerenses y el resto del país sepan que existimos, que la población afro no es un mito o una leyenda, es una realidad y que vivimos en un contexto en el cual hay que hacernos pasar por indígenas para aspirar a procesos de formación, para ser tomadas en cuenta como mujeres de pueblos originarios. Es necesario ser escuchadas, queremos ser parte de la construcción de nuestro país, es necesario que se pague la deuda histórica que tienen con nosotras.

En cuanto a la participación política como tal, desde el momento en que me asumo como afro y soy cuestionada en espacios de expresión, me he sentido limitada. La academia ha sido uno de los territorios institucionales que no me reconoce dentro de lo que han conceptualizado como la negritud. A veces creo que el acompañamiento que quieren brindar es agresivo y elitista. En un espacio de diálogo con asociaciones civiles en donde hablamos de acciones afirmativas y conjuntas, llega la academia con sus conceptos construidos desde la investigación imponiendo, dividiendo y rompiendo el diálogo, sin que pueda en infinidad de ocasiones expresar libremente mis ideas. Por citar un ejemplo: gestionar 5 minutos de conversación con personas que podrían incidir en el reconocimiento del pueblo negro es un gran logro, sin embargo, la academia también quiere participar, las instituciones quieren hablar acerca de cómo nos han observado, negándonos el derecho de hablar por nosotras mismas.

El hecho de ser mujeres es una desventaja dentro del mismo movimiento afro, anteriormente quienes entraban a las negociaciones y reuniones importantes, así como quienes participaban en eventos, eran los hombres, las mujeres estábamos ocupadas realizando otras actividades “propias” de nuestro género, como atendiendo el *presídium*, por ejemplo. En algún momento llegué a preguntar: “¿Qué pasa con el tema de las mujeres afro?” A lo que me respondían: “Ese es un tema rebasado y del siglo pasado, hay que dedicarnos al reconocimiento del pueblo afro, lo demás son generalidades”. Muchas veces debatí el tema con las mismas compañeras que desconocían tener un machismo interiorizado, planteando siempre la política de la igualdad; a las reuniones que se convocaba para los temas de sensibilización y seguimiento acudíamos más mujeres, pero quienes opinaban eran los hombres. Consideraba demasiado ilógico que dentro de un espacio en donde se suponía que luchábamos por



hacernos visibles, se creyera que las mujeres no necesitábamos reconocimiento, que las mujeres prácticamente ya habíamos pasado de moda.

En las elecciones del 2015 participé en la contienda electoral, fui candidata a diputada federal por el distrito 8 de la Costa Chica de Guerrero por el PAN. La designación dio mucho de qué hablar (fue muy criticada), se escuchaba que fui designada por alguna recomendación de mi padre, se me cuestionó también el por qué contendía por un partido conservador. Escuché todas las críticas, y en ninguno de los casos hubo palabras de aliento por parte de alguna compañera, mucho menos por algún compañero. Fue ahí cuando necesité de la sororidad y hermandad de la que tanto se me había enseñado en los espacios de formación, alianzas y redes en las que había participado. Por el contrario, al parecer la mayoría de las compañeras se habían escondido o cada una estaba luchando desde su propia trinchera.

Fue una campaña muy difícil, me enfrenté a una campaña austera, sin subsidio económico más que el recurso que daba el partido. El día que llegó mi propaganda, se había iniciado un levantamiento con motivo de la desaparición de los 43, quemaron y rompieron toda mi propaganda; en algunos municipios como Ayutla y Tecoaapa, la policía comunitaria me quemó el resto de la propaganda, los adversarios se trasladaban en coches blindados, yo en un chevy año 2005, en ningún momento bajé la guardia. Recorrí las comunidades más lejanas, en donde la gente espera que le lleves un billete para que pueda apoyarte, ya estaban acostumbrados a ese tipo de proselitismo, yo tan sólo les llevaba semillas de hortalizas y el conocimiento para enseñarles.

Llevando siempre el discurso de la necesidad de empoderamiento de la mujer, comía y dormía donde se podía, muchas de las veces sentí miedo al dirigirme a un público cansado de tanto discurso demagógico, tuve miedo al rechazo... hasta que lo enfrenté desde las mismas mujeres, pensé cuánto daño nos han hecho, nos han acostumbrado a creer que nosotras mismas somos las más rabiosas enemigas. Sin embargo, el día de los comicios llegó y obtuve un espléndido tercer lugar, desde aquí agradezco a esas dos personas que soportaron esa travesía a mi lado.



## LOGROS Y DESAFÍOS DE UNA MUJER JOVEN AFROMEXICANA

Actualmente presido una organización civil llamada Mano Amiga de la Costa Chica A.C., fundada el 2 de junio del 2010 por mi padre, hoy dignamente la represento para seguir consolidando los proyectos que un día planeamos juntos. La historia es muy larga, he abierto algunos espacios de participación, agradezco al pariverso el haber permitido que ocurrieran, así como también agradezco al Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, a través de Martha Sánchez Néstor, por el espacio que me otorgaron para iniciar un proceso de formación en liderazgo. Desde ahí se creó la Red de Mujeres Jóvenes Indígenas y Afromexicanas, donde participé por un tiempo dándole vida al seguimiento de los acuerdos tomados aquel domingo en Chilpancingo, Guerrero. Ese encuentro fue un parteaguas para iniciar mi carrera en el activismo, conocer mujeres valiosas que siguen acompañando mi caminar, es uno de los mejores regalos de la vida.

Hay mucho por hacer, hay mucho por generar, he aprendido que para ejercer un liderazgo asertivo hay que partir de la sanación de nuestros procesos; en mi caminar he sufrido varios desencuentros con las compañeras, con los compañeros, pero no sufrirlos significaría quizá, que no estoy avanzando; en muchas de las acciones he sentido el oportunismo, la vanidad, la envidia y el ego.

La sororidad va más allá de una simple palabra, hay que permitir que el discurso deje de ser sólo eso: discurso, que se convierta en acción. Es necesaria la unidad para la construcción de un feminismo, de un movimiento afro, indígena o de cualquier tipo de ideología, sé que existen intereses de por medio, pero también sé que cada una tiene mucho por aportar, es fundamental fomentar liderazgos sanos e íntegros, porque si no, ¿Qué estamos reproduciendo?

Al inicio de mi escrito comenté que diría lo que muchas veces he tenido que callar, libertad de expresión es compartir lo que mi mente habla cuando mi voz calla, porque las injusticias están en todos los espacios, con nuevas corrientes, grupos, partidos políticos, etc. La lucha no es con nosotras mismas, la lucha es contra la discriminación, contra la violencia hacia las mujeres, contra el patriarcado, contra las acciones que en lugar de sumar, restan.



La radicalidad es lo de hoy, pero la radicalidad hasta estos momentos no le ha dado de comer a la comunidad, seamos radicales también cuestionando nuestros privilegios, seamos radicales desde la oportunidad misma de asumirnos radicales, no tan sólo criticando lo que se hace o se deja de hacer, sino aportando para el bienestar de la tan mencionada afrodescendencia.

He aprendido de las hermanas indígenas el respeto a la madre naturaleza, el respeto a mi cuerpo, a las ancestras y a la libertad. El ser libre sin lastimar, herir u ofender, mucho menos omitir, porque la omisión también es un tipo de violencia. Es por ello que me siento con la confianza de escribir estas líneas incorrectas, sin demeritar el trabajo de quien luchó para que yo disfrutara de muchas libertades en estos momentos.

No he sanado del todo, es más, no sé si algún día lo lograré, me considero parte de un proceso sanador que no sé cuánto tiempo dure, tal vez toda la vida, no me importa, de lo que sí estoy segura es de lo que quiero para las niñas y adolescentes afromexicanas, quiero espacios de oportunidad de desarrollo, en donde puedan transitar libremente sin tener que pedir permiso para intervenir o dialogar; las mujeres afro existimos y resistimos.

Hemos resistido desde la época de la colonia según los historiadores, hemos permanecido en el espacio incómodo en el preguntarme: ¿Qué soy? y ¿Quién soy? Lo trascendental es que estoy aquí y que hoy quiero que mi voz sea escuchada, que mis líneas sean leídas, y que las propuestas aquí plasmadas sean tomadas en cuenta para el futuro de nuestras generaciones por venir.

Y que las propuestas aquí plasmadas sean tomadas en cuenta para el futuro de nuestras generaciones que están por llegar.

La participación política de la mujer afromexicana va más allá de espacios formativos, es necesario que nos apropiemos de territorios en donde pongamos en práctica los conocimientos que se nos han otorgado, que seamos las próximas regidoras, presidentas, diputadas, senadoras, embajadoras; que entre nosotras mismas generemos alianzas con compañeras de otras trincheras políticas, es tiempo que aparte de los aprendizajes de género, también sepamos qué puertas tocar para aprender a generar un ingreso. ¿Cómo hacernos visibles? Si en tantas ocasiones no se tiene ni para el pasaje, y si se tiene para el pasaje, no se tiene para el hospedaje; agradezco a las organizaciones que



muchas veces financian esos gastos, pero, ¿No sería más fácil que asumiéramos nuestra responsabilidad?

Que exista el momento en que tengamos la solvencia económica para incidir en más lugares de participación; que en los talleres, diplomados, foros, también se hable de una red de empoderamiento económico para la mujer afromexicana, de esa manera muchas de nosotras desarrollaríamos diferentes capacidades de emprendimiento, o una red feminista sostenible, con la cual podamos financiar nuestros eventos o espacios propios de formación, para que así las mujeres de la comunidad sean las que verdaderamente asistan a los espacios donde puedan ser escuchadas por el país y por las autoridades. El empoderamiento económico da mayor autonomía a las mujeres.

Agradezco y reconozco este espacio de expresión en donde las mujeres indígenas y afromexicanas estamos unificando esfuerzos para hacernos visibles y leídas; haber puesto empeño en cada una de las líneas, tocar todas las experiencias vividas, los territorios, el aprendizaje y el amor que cada una de las compañeras me ha demostrado en mi andar, me hace pensar que el movimiento afromexicano ha valido la pena. Las afromexicanas estamos más fuertes que nunca, no importa que mi voz como afromexicana sea la única entre millares de personas que desconocen el tema, la fuerza de la lucha ancestral me ha hecho ser valiente y seguir adelante siempre recordando el objetivo: que las mujeres afromexicanas contemos. Basta de invisibilidad, basta de discriminación, basta de violencia. Es tiempo de nosotras, es tiempo de ustedes.

Es necesario que las niñas y niños también conozcan la historia que estamos escribiendo, por las que estamos y las que están por venir, por una sociedad que pugne por los derechos de las mujeres afromexicanas, por la participación política y por la cultura de la paz.

NUNCA MÁS  
UN MÉXICO  
SIN AFROMEXICANAS.



Jiménez Salinas Mijane<sup>1</sup>. (2018). La participación Política de las mujeres afroamericanas. En Mujeres que deciden. Voces indígenas y afroamericanas hablan de política(45-55). Ciudad de México: Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir A.C.

Disponible en: <https://ilsb.org.mx/archivo/multimedia-category/mujeres-indigenas/>

---

<sup>1</sup> Es licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Guerrero, fue candidata a diputada federal por Guerrero en 2015. Es iniciadora de la Red de Mujeres Jóvenes Indígenas y Afroamericanas (REMJINA) y fundadora de la Red Nacional de Juventudes Afroamericanas. Ha sido representante afroamericana para procesos con la Organización de los Estados Americanos-OEA y Cumbres de las Américas, así como durante la reunión del alto nivel para el cumplimiento del Decenio Internacional de los Afrodescendientes en San José Costa Rica. También es impulsora de la iniciativa para el reconocimiento de los derechos políticos y electorales del Pueblo Afroamericano. Actualmente es presidenta de la Asociación Civil Afroamericana Mano Amiga de la Costa Chica A.C.